

LO QUE ESCURRE DEL BRAZO IZQUIERDO

Mario: esta sangre es real. Este pasillo donde el virus se pasea en sus diferentes fases, organismos y voces. Ríe, gimotea, rellena formularios, esta sangre que pasa de invisible bajo el dril y las moléculas a ser irrevocable evidencia en la jeringa, de la opacidad del cuerpo a la claridad de la cifra. En tres días hábiles, otro me dirá lo que mi sangre dice, de mí, que no puedo entenderla ¡oh! poeta! ¡oh! analfabeta de la ciencia, ¡oh! estas venas donde las ideas se cortan las...

“Hablemos de cifras”, no, hablemos de este pasillo que sucede en mí, pero no sucede en tu realidad. Si hubieras venido...te abrazarías a tu dios de cera y te lo embutirías por las orejas. Escribir es como hablar con todos los ausentes de todos mis pasillos. Pero en la silla del lado tendrías que estar tú, *tendrías que ver a una mujer embarazada, un niño de cinco años, dos mujeres en la treintena que dicen “pichar” y se cubren la boca con anillos de latón, una chica que no habla, se esculca los bolsillos y se para cada tanto a ver el turno. Busca un lapicero y un papel, la chica que no habla, pero tiene que ver con esa mujer embarazada, un niño de cinco años, dos bocas llenas de risotadas y una chica que no habla pero piensa, en el verbo “pichar” y en el pinchazo de la muestra y en escribirle a Mario algo a cerca de un pasillo.*

Veo a la chica pensar. Su pensamiento es evidente como la sangre en la jeringa, como los dedos regordetes embutidos en anillos de fantasía, como tu voz en el teléfono, tu voz en una cabeza sin cuerpo que piensa en lo gratificante que es la aterradora experiencia de la disociación, donde te ves a ti mismo sentado en una silla y piensas: *Qué alivio que no soy yo. Qué alivio que no es sino la chica ésta. Aquel pasillo está tan lejos que tengo que cerrar mis ojos para verlo y todo pasa como en muñequitos. Qué alivio ver mis manos donde creo tenerlas, sobre el teclado. Porque yo creo en mis dedos, creo en mi cómodo silencio y*

escritorio, creo en el calor de mi apartamento en Chapinero. Entonces busca en google “temperatura bogotá” y sale “8°celsius”. Recuerda que hace 24 horas tenía 39 de fiebre y piensa que los 8 grados son muy poco y 38 es demasiado *este calor tiene que venir de otro.* Piensa acostado, piensa bocarriba, piensa de lado. Dando vueltas a las cifras y a su cuarto. Piensa que *mejor siéntate y cree* en dios-ventana-google-mano que se cierra.

Ya no confía ni en las cifras, le achichonan el cerebro. Los poemas son hipersensibles al cálculo y los grados, muchos o pocos, le impiden escribir. Y sin embargo escribe: *esta fiebre es de la otra, es una pugna de mi psique en rojo. No creo en esto: ES. Tan evidente como el cuerpo al enfermar, tan difícil pero bello y aún lo quiero, que venga y queme todo lo que tenga que quemar.* Los cálculos siempre me salen mal y, sin embargo, el resultado es que sigo amando la vida. Y por eso mismo yo resulto, escribiéndote, Mario.

Prefiero tocar las puyas de la realidad antes que no tocar nada en absoluto. Este amor que escurre de mi brazo izquierdo no es del barato. No hace falta desangrarse para tener con qué escribir, con abrir los ojos basta. Abre la mano: tira los dados de dios sobre el teclado, los médicos, las bases de datos, tu amor y el mío, la plata coloidal y los retrovirales. No es un juego esto del azar, tiene que ver contigo, este pasillo, esta mano que se suelta y escribe. Ahora que la muerte viene a decirte lo que verdaderamente eres: mándame tus versos en vez del puñetazo con que me mandaste a callar. No sabes lo que frustrante que es hablar contigo cuando en tu realidad no existo, porque te soy tan lastimosamente real que no puedes soportarme, y no lo lamento para nada. Mario, los poemas resultaron ser tan ciertos que nos dieron vida y muerte. Eso es lo que debería darnos miedo. Y agradece porque son lo único real que tienes.

DESCRIPCIÓN:

Este texto lo escribí en 2018, en un momento donde mi pareja y yo estábamos muy enfermos. Había riesgo de haber contraído VIH. Le propuse hacernos el examen y él lo rechazó cuestionando la existencia del virus, a pesar de que amigos cercanos lo habían contraído. Así que fui yo sola a hacerme la prueba y mientras estaba en la sala de espera le escribí una carta. Nunca se la entregué pues la palabra entre nosotros ya no tenía sentido. Sin embargo, decidí reescribir el texto para comunicarme con otras personas que sí estuvieran interesadas en escuchar mi experiencia. En cuanto a la forma del texto, lo considero prosa poética. Cuestiona la identificación, de forma que el narrador se desdobra en *la chica que no habla*, pero esta a su vez se confunde con Mario para involucrarlo con la situación que trata de evadir.